

LA SITUACIÓN RELIGIOSA Y MORAL DE BUENOS AIRES A LA LLEGADA DE LOS PRIMEROS SALESIANOS

Cayetano Bruno

El panorama es por muchos conceptos totalmente negativo. Hay que reconocerlo. Los salesianos llegados al país debieron luchar contra las fuerzas del mal, tremendamente hostiles a la religión y entronizadas en los puestos claves de la sociedad argentina de entonces.

Singularmente el año de 1875 registra para Buenos Aires el summum de la impiedad, en sus formas más odiosas y reprobables. Culmina con el hecho bárbaro y criminal del incendio del colegio del Salvador de los Padres Jesuitas; hecho que repercute dolorosamente dentro y fuera del país, y se prolonga como latente amenaza en los años inmediatamente posteriores, hasta que el esfuerzo de los recién llegados, a una con el de las otras fuerzas de conquista espiritual diseminadas así en el puerto de Buenos Aires como en el resto del país, produjeron los frutos de bendición que son de público dominio.

I. Buenos Aires en 1875

Es el centro de esta actitud de guerra declarada contra la religión. Pero se trata de una actitud foránea. Fruto de mentalidad ajena a nuestro medio, el sectarismo anticristiano se nos infiltra por el doble conducto del afán imitativo muy en boga entonces, y del turbión de gente indeseable que invade el puerto al abrigo de la ley de libertad de cultos, hasta comprometer las bases mismas de la argentinidad.¹

¹ Reconoció esto último *El Nacional* del miércoles 3-III-1875, después de los sucesos del Salvador, y en los que tuvo parte dicho periódico por su prédica deletérea: «La causa principal, a nuestro juicio, de los trastornos habidos y de otros que pudieran producirse, está en la aglomeración de la inmigración en la capital, y la falta de ciertas medidas tendientes a evitar la introducción en el país de elementos contrarios a todo progreso, a todo orden social» (a. XXIII, núm. 8.601).

1) *Ambiente social, político y religioso*

Desde Río Cuarto el franciscano fray Quítrico Porreca diseña el 4 de mayo de 1875 el ambiente social y religioso puesto en moda.

La revolución de Bartolomé Mitre de 1874 había creado en aquella castigada zona de la provincia de Córdoba una situación de grave incertidumbre y casi terror:

« Se ha perdido la confianza, el comercio está paralizado, y por doquiera sólo se oyen gemidos y lamentos...; no hay seguridad ni para la vida ni para los intereses individuales ».

Tras esta rápida pintura del ambiente político y social, pasa Porreca a describir la situación religiosa imperante:

« La masonería progresa día por día, al paso que el sacerdote católico se ve humillado hasta el polvo... Es cierto también que en varios lugares hay pésimos representantes de Jesucristo, entregados únicamente a la negociación y al lucro, hasta casi parecer auténticos mercaderes y aun víctimas de la general depravación ».

Trae algún alivio cuanto estampa de seguida:

« Todos muestran respeto y veneración por los buenos sacerdotes. Aunque el infierno se desencadene en contra de ellos y los haga objetos de viles agravios, gozan del favor y tutela de la gente de criterio y buena fe ».

La moral, sin embargo, está de baja. Ha cundido el desenfreno como una exigencia social:

« La gente frecuenta muy poco los templos de Dios; son raros los que se confiesan; hay más decencia y religión en la gente de arriba que en la vulgar...; la poligamia [y] el adulterio están de moda; el concubinato es común...; y, lo que es peor, se practica sin ningún escrúpulo. *Todo esto sucede en la generalidad de la República* ».²

Singularmente en Buenos Aires se han dado cita los peores elementos del país y de fuera.

Cuanto describe el jesuita padre Baltasar Homs el 21 de marzo de 1875, a tres semanas precisas de la quema del Salvador, no deja lugar a duda razonable.

Examinando los motivos y circunstancias de tan espectacular suceso, esboza el padre Homs un cuadro tenebroso de aquellos años de tragedia.

Cita como primer agente de la salvajada « la extensión y dominio que tienen las sectas masónicas en todo Buenos Aires, y en particular en el gobierno de la provincia, cuyo gobernador [el coronel Álvaro Barros] y primer ministro [el doctor Aristóbulo del Valle] son masones, y de los más altos y fanáticos ».

El Club Universitario, sobre todo, por su actitud agresivamente impía, formaba el receptáculo de las sectas. Y junto a él, como su indispensable adita-

² Archivo General de la Orden de Frailes Menores (AGOFM), Roma, caja *Argentina (1869-1886)*.

mento para la acción, el fuerte conglomerado de gente advenediza, mal acondicionada a la sumisión, y que así reseña nuestro informante:

«La inmigración ha traído a esta ciudad cuarenta mil italianos a lo menos, muchos de ellos la hez de Italia, dispuestos a cualquier atentado. Nada diré de los miles de españoles, franceses y alemanes que, como los italianos, han salido de Europa para vivir en esta con más libertad y holgura...».

Otros focos de perversidad eran las casas de estudios superiores. Había dos en Buenos Aires de algún renombre y fieramente reaccionarias:

«La Universidad y el Colegio Nacional están dominados por la impiedad y odio a la religión y a todo lo que es pío y santo».

Y como para completar el cuadro pavoroso, la prensa anticlerical campaba libre y rozagante por esas calles, sin trabas ni cautelas.

Cuanto al aspecto político, de los tres candidatos a la presidencia de la Nación en 1874 el tucumano doctor Nicolás Avellaneda contaba con los votos de las provincias, siempre recelosas del predominio porteño; Bartolomé Mitre, su principal opositor y «primer general de la República», iba «apoyado por la gente acomodada y por el ejército»; y era el candidato del «bajo pueblo» el doctor Adolfo Alsina. El cual, acoplando al fin sus votos a los del partido provincialista, le aseguró la victoria y se granjeó para sí el ministerio de la Guerra.³ Pero con las derivaciones reseñadas por el jesuita informante:

«Sin duda para que no se dijese que había triunfado el partido de la gente no docente, obtuvieron que el señor arzobispo [Federico Aneiros] aceptase el ser candidato para el Congreso...

«Creo que Avellaneda y Alsina se comprometerían a favorecer la religión, en premio de los servicios que les prestaba el señor Arzobispo admitiendo la diputación y dando su voto a Avellaneda». Lo cual «todo el partido mitrista vio con malos ojos».⁴

La persona del presidente Avellaneda fue extraña a los sucesos que aquí se historian, y que pertenecían al fuero provincial. Buenos Aires era aún capital de la provincia, y el presidente de la Nación, sólo su ilustre huésped.

Avellaneda, de todos modos, evidenció su fe en nota de 13 de febrero de 1878 remitida al arzobispo de Buenos Aires con ocasión de la muerte de Pío IX:

³ Las elecciones se efectuaron el 12 de junio de 1874; y el ulterior 6 de agosto declaraba el Congreso, presidente electo, al Dr. Nicolás Avellaneda, y vicepresidente, al Dr. Mariano Acosta, quienes tomarían la posesión del mando el 12 de octubre siguiente. Con el enunciado ministro de la Guerra figuraban también los doctores Simón de Iriondo, del Interior; Félix Frías, de Relaciones Exteriores, y Onésimo Leguizamón, de Justicia, Culto e Instrucción Pública (Registro Nacional de la República Argentina, t. VII [1874-1877], Bs. As., 1895, págs. 84-95; 114-115).

⁴ La hasta aquí citada relación del P. Baltasar Homs, fechada en Buenos Aires a 21-III-1875, se guarda en el Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), *Argentino-Chilensis*, 2 (1836-1893).

« Soy católico... » La Iglesia « tiene las palabras del divino Maestro que le aseguran su duración eterna ».⁵

Adoptó asimismo posición de franco repudio por los sucesos del Salvador, y favoreció generalmente a la Iglesia, conforme la audacia de la prensa anticlerical y masónica le dejó libre la acción.⁶

2) *La intervención del arzobispo Aneiros*

De un simple hecho de orden eclesiástico-administrativo nació la chispa provocadora del incendio.

Desde 1830 la parroquia de la catedral tenía doble asiento, con la atención del barrio del norte en la Merced, y la del sur en San Ignacio. El señor Aneiros obtuvo del gobierno nacional la vuelta a la forma primitiva, para la restitución de la Merced y San Ignacio a sus antiguos dueños.

Así obró Su Ilustrísima acatando « la bula de erección de la iglesia metropolitana, que ordena poner la parroquia en la catedral ».⁷

Todo pareció ir por camino llano. Conforme representó el Arzobispo a Pío IX después, los mercedarios, decidido ya su regreso a Buenos Aires, solicitaron de Su Ilustrísima que « lo allanase todo, asegurando que el señor presidente de la República les había dicho que tenían todo derecho por la Constitución Nacional, como efectivamente lo tienen, y mucho más por la de la provincia de Buenos Aires ».⁸

Tampoco los jesuitas desdeñaban el rico presente, según los informes del padre Homs:

« La idea de tener nosotros la iglesia de San Ignacio halagaba a todos, muy particularmente a los padres antiguos, por lo central que es y por los antiguos recuerdos ».

Claro que el Arzobispo se inclinaba a que los jesuitas la ocupasen « como corporación religiosa », contra lo que prefería Homs, de que, precaucionándose, fuesen algunos padres viejos solamente.⁹

Quiso, de todos modos, Su Ilustrísima rastrear el sentir de otras personas, según expuso a Pío IX:

« Traté el negocio con los curas de dichas iglesias, con el Cabildo,¹⁰ con los gobiernos: todos conformes,¹¹ menos el gobierno de la provincia », que dio largas al asunto.

⁵ La América del Sur, Bs. As., jueves 14-II-1878, a II, núm. 473.

⁶ Eco de América, Bs. As., 21-I-1877, t. III, núm. 188.

⁷ Antonio Espinosa al Internuncio, Bs. As., 10-II-1875 (Archivo de la Nunciatura, Río de Janeiro, caja 58, *Repúblicas Españolas VII*).

⁸ Bs. As., 22-IV-1875 (Archivo Secreto Vaticano [ASV], *S. C. degli Affari Ecclesiastici Straordinari*, A, III, *Argentina [1873-1875]*, pos. 146-151, fasc. 66, f. 71-71v).

⁹ ARSI, *Argentino-Chilensis*, 2 (1836-1893).

¹⁰ En el Archivo Capitular, Bs. Aires, leg. *Varios (1853-1880)*, está la consulta, que es del 26-V-1874.

¹¹ Cuanto al gobierno nacional, el Sr. Aneiros recurrió al ministro de Justicia, Culto

Sin oponerse, empero, según atestiguó el propio Arzobispo en la citada nota:

« Habíamos procurado tratar con el gobierno el asunto, sin que hubiésemos oído de su boca la menor oposición, y cuidamos de pedirle que impidiese los desórdenes que justamente temíamos, y lo prometió el Gobernador ».¹²

Pero se ve que algunos trataron de disuadir a Su Ilustrísima, conforme a la relación enviada por el visitador de los lazaristas Jorge Révellière al superior general padre Eugenio Boré, desde Buenos Aires, el 7 de marzo de 1875:

« Los mejores amigos de Monseñor convenían en que la oportunidad de esta medida era discutible, en vista de la guerra pertinaz declarada a la Iglesia y a la religión en todas las regiones de América del Sur ».¹³

3) *La marejada antijesuita*

No debió de estar bien dispuesto el coronel Álvaro Barros; pues, con arreglo a los informes del padre Homs, era « Gran Oriente de la masonería, y había jurado hace mucho tiempo perseguir a todo trance a los jesuitas ».¹⁴ Así como el ministro de Gobierno, Aristóbulo del Valle que era « hijo ilegítimo, masón y un canalla, según oigo decir, en toda la extensión de la palabra ».¹⁵

Mientras daban entrambos sus cauciones, « la prensa de Buenos Aires se desataba en invectivas contra el señor Arzobispo y la Compañía de Jesús ». Sobre que venía a empeorar la situación el cura de San Ignacio, maldispuesto, en realidad, a dejar tan pingüe prebenda, y que « iba quejándose y buscando protección para que no se llevase a cabo el proyecto del Arzobispo ».¹⁶

Varias y encontradas solicitudes llegaban en tanto a la mesa del Ministro.

Una de ellas, de 30 de enero de 1875, con firmas de vecinos de la catedral al sur, invocaba la intervención ministerial contra el Arzobispo, que

e Instrucción Pública, Dr. Onésimo Leguizamón, el 4-I-1875; el cual respondió el ulterior 13 de febrero con un « no hay inconveniente » (El Católico Argentino, Bs. As., sábado 13-II-1875, a. II, núm. 29).

¹² ASV, *S. C. degli Affari Ecclesiastici Straordinari*, A, III, *Argentina (1873-1875)*, pos. 146-151, fasc. 66, f. 71-71v.

¹³ Archivo General de la Congregación de la Misión, Roma, leg. *Buenos Aires (1874-1875)*.

¹⁴ También el P. Espinosa escribía al Internuncio: « El gobierno provincial, como buen hermano masón, se ve que no está dispuesto a dar su anuencia » (Bs. Aires, 10-II-1875: Archivo de la Nunciatura, Río de Janeiro, caja 58, *Repúblicas Españolas VII*).

¹⁵ Pablo Arias emitió juicio más indulgente acerca de este último: « Aristóbulo del Valle, si no era masón, estaba por lo menos muy vinculado con los grandes bonetes de la masonería porteña... Más tarde evolucionó hacia una política de conciliación con la Iglesia y con los dirigentes de los grupos políticos católicos » (« ¡Hay que incendiar el Salvador! », Todo es Historia, Bs. As., a. 1, núm. 3, julio [1967] 81).

¹⁶ El P. Baltasar Homs al provincial de la Compañía de Jesús, Bs. As., 21-III-1875 (ARSI, *Argentino-Chilensis*, 2 [1836-1893]).

suponían apoyado por el gobierno de la Nación. El asunto, para ellos, pertenecía al fuero provincial.

También firmas y razones varias traía la solicitud de 12 de enero siguiente contra la entrega de la Merced a los mercedarios, y de San Ignacio a los jesuitas. Los mercedarios habían sido suprimidos en los años de 1822 y 1823 por el ministro Bernardino Rivadavia, a quien se entonaban los diti-rámbricas. Contra la Compañía de Jesús decían primores de color subido los solicitantes:

« La Orden de los jesuitas, abolida a perpetuidad por el papa Clemente, a quien envenenaron ellos, lo ha sido también por todos los gobiernos civilizados, aun por los católicos como España, Francia e Italia, en virtud de acusaciones altamente criminales, de transtornos políticos de sangrienta recordación y de diarios atentados contra la moral y buenas costumbres ».¹⁷

Por su parte la *Revista Masónica Americana* se desataba violentamente el 15 de enero. Había que acabarla con « los hombres de negro ropaje ». Esta era la consigna.

« La masonería no puede ni debe tolerar al jesuitismo, particularmente cuando hace sentir cerca de ella la influencia de sus infernales doctrinas, porque el jesuitismo no es una religión sino simplemente un fenómeno teológico, político y social, que como todos los productos deformes y horrorosos hace retirar de ellos la vista con espanto, y el estómago con asco, y obligan a rechazarlos y a combatirlos cuando a su repugnante aspecto añaden su mortífera acción. Es el jesuitismo un reptil... ».

También el Arzobispo recibió solicitudes contra la entrega de San Ignacio a los jesuitas. Y contestó, por fin, a la del vecindario de la catedral al sur, con la famosa pastoral de 15 de febrero, que « sirvió de santo y seña para lo más crudo del combate ».¹⁸

Este era su tenor en lo sustancial:

« No puedo persuadirme que no queréis en esta casa a los santos sacerdotes que la construyeron desde sus cimientos, con los hermosos edificios del Colegio Nacional y de la Universidad...; a aquellos sacerdotes que sólo la violencia de un rey colérico y engañado echó de aquí en el siglo pasado; y, en este siglo, el genio de aquel hombre cuyo retrato no pudo recibir aquí honores sacrílegos arrojó en aquellos años, que nunca podrá olvidar Buenos Aires; unos sacerdotes que son tan distinguidos por la ciencia como por la virtud, siempre celosos obreros del Evangelio, enemigos irreconciliables del vicio; sacerdotes a quienes odian y persiguen los impíos, los incrédulos, los malvados... ».¹⁹

Cierto que eso de oírse llamar con tan ingratos epítetos no debió de ha-

¹⁷ Publicadas todas en *El Nacional*, complemento al núm. 8.595, Bs. As., 24-II-1875.

¹⁸ El P. Baltasar Homs al P. Provincial, Bs. As., 21-III-1875 (ARSI, *Argentino-Chilensis*, a [1836-1893]).

¹⁹ El Católico Argentino — Revista Religiosa de Buenos Aires, sábado 20-II-1875, núm. 30, págs. 474-475; ASV, *S. C. degli Affari Ecclesiastici Straordinari*, A, III, *Argentina* (1873-1875), pos. 146-151, fasc. 66, hoja aparte.

lagar al sector hostil. Los comentarios fueron, pues, de subido y violento estilo.

El Nacional acometió derecho contra el Arzobispo al día siguiente de publicada la pastoral:

« Parece que Su Señoría Ilustrísima..., a pesar de ser diputado al Congreso y, en consecuencia, obligado a mirar un poco más por la tranquilidad y bienestar de su país, se ha empeñado en hacernos retroceder, por vía de justicia y equidad, doscientos cincuenta años atrás...

« El señor arzobispo de Buenos Aires, con su pastoral lanzada para engañar a viejos y a tontos, ha cometido, como diputado al Congreso, un verdadero atentado contra el progreso moral del país ».²⁰

También *La Tribuna* salió enseguida al ataque contra todo: pastoral, Arzobispo, jesuitas. Ni siquiera San Ignacio salvó de improperios.

« Su pastoral... es un tejido de injurias a los que protestan contra la vuelta de los jesuitas...

« No le bastan al Prelado diocesano las dificultades que el país atraviesa, y viene con toda imprudencia a arrojar la semilla de una discordia profunda, en el seno de una sociedad tan trabajada y tan dividida como la nuestra...

« En todos los tiempos, pueblos, reyes y papas han perseguido la funesta influencia de los jesuitas arrojándolos de todas partes...

« Institución creada por un soldado ignorante, los jesuitas se han hecho aborrecer en todo el mundo... ».²¹

Acentuaron su actitud reaccionaria los periódicos *L'Operaio Italiano* y *El Correo Español*, redactado aquel por Basilio Cittadini, y este otro por Enrique Romero Jiménez, en colaboración con Emilio Castro Boedo, curas apóstatas entrambos.

Buena porción de culpa pertenece también al doctor Luis V. Varela por su *Contra-pastoral* publicanda en *El Nacional* del jueves 18 de marzo anterior a los sucesos.

Tocante al otro sector, además de *El Católico Argentino* que apoyó, desde luego, las partes del Arzobispo y de los jesuitas, un artículo aparecido en *La Prensa* del sábado 20 de febrero con las iniciales de V. J., se puso en favor de la buena causa.

Anticipó sus razones:

« El corazón agradecido nos exige defendamos a los jesuitas que fueron durante tres años nuestros maestros ».

Lo singular y curioso es que algo más de una semana antes de los trágicos sucesos del 28, ya los anunciaba nuestro articulista con una claridad que asombra, haciendo responsable de ellos al periodismo:

²⁰ *El Nacional*, Bs. As., martes 16-II-1875, a. XXIII, núm. 8.588.

²¹ *La Tribuna*, Bs. As., martes 16-II-1875, a. XXII, núm. 7.283.

« Después de esta propaganda indigna de un pueblo que debe merecer el respeto de *media docena de escritores* que hablan todos los días a su nombre, sin que el pueblo los haya autorizado para cosa semejante, *lo único que les ha faltado a esos titulados liberales es demoler los edificios que aquellos levantaron con la ayuda de manos piadosas, y quemar en la plaza pública la imagen del Santo que aquella institución fundara* ».

Con lo que allegó enseguida el mejor argumento defensivo de la vilipendiada institución:

« Los jesuitas son malos, *corrompidos*, etc., etc., y, *sin embargo, los padres de familia depositan en ellos el cuidado de sus hijos*: les hacemos el honor a sus detractores de creer que no supondrán en esos padres de familia la idea de que, llevando a aquellos sus hijos, sea con el propósito de que salgan como sus maestros, *malos y corrompidos*.

« ¡Cuántos padres de familia han sido ofendidos por la prensa en general! ».

Lo que a continuación estampaba el citado artículo iba en defensa del Pastor:

« El señor arzobispo Aneiros ha sido vejado en su dignidad del modo más torpe e injusto por el solo delito de mirar por lo que más conviene a la Iglesia Argentina. Lo han tratado de la manera más desleal y traidora como diputado nacional, y dado a entender que la mitra que con justicia ciñe sus sienes, es debido a la cábala y la intriga ».²²

Otra defensa anónima y valiente en favor de los jesuitas contra *La Tribuna* y *El Nacional* apareció en *La Prensa* del 26 de febrero, tras una inactiva publicada en el mismo periódico dos días antes contra dichos religiosos, a quienes se los expulsaba de todos los países porque « habían cien veces merecido la reprobación general esos guardias del Papa rey ».²³

Y sucedió, a la postre, que el justo y sincero cariño del señor Aneiros por los hijos de Loyola ocasionó su momentánea ruina en los ulteriores acontecimientos, conforme reflexionaba el padre Baltasar Homs:

« Días antes del incendio, justificando nuestra conducta, dije al ministro del Interior que ningún enemigo podía habernos hecho daño mayor que el señor Arzobispo, queriéndonos favorecer... ».

Y añadía consolándose:

« Atendida la influencia de las sectas en el gobierno y el odio que nos profesan, es necesario que por este siglo nos contentemos con la magnífica iglesia de nuestro colegio del Salvador, que con tres meses de trabajo puede entregarse al culto público ».²⁴

Dicha iglesia, en efecto, se abrió el 23 de junio del siguiente año.²⁵ Pero

²² *La Prensa*, Bs. As., sábado 20-II-1875, a. VI, núm. 1.445.

²³ *La Prensa*, Bs. As., miércoles 24-II-1875, a. VI, núm. 1.447; viernes 26-II-1875, a. VI, núm. 1.449.

²⁴ ARSI, *Argentino-Chilensis*, 2 (1836-1893).

²⁵ GUILLERMO FURLONG, *Historia del colegio del Salvador*, t. II, 1ª parte, Bs. As., 1944, p. 59.

ya nunca más consiguieron los jesuitas la antigua de San Ignacio, que sigue administrada aún hoy por el clero secular.

4) *En el teatro de Variedades*

A un mitin organizado el 21 de febrero se opuso la policía por el vigente estado de sitio. Con lo que, acabo este el 24, decidió el Club Universitario convocar a sus adeptos y simpatizantes para el 28 en el referido local, con el fin de suscribir una nota de protesta contra el Arzobispo por las entregas de San Ignacio y la Merced.

Según el jesuita Miguel Codorniú, maestro del Salvador y testigo de la quema, el teatro de Variedades fue lugar de cita « del Club Universitario, Club Clemente XIV, Club Alsina, Club Carbonario » y otros.²⁶

Se calcularon en más de tres mil los asistentes, más otros tantos que quedaron fuera.²⁷

Recordó *La Prensa* del 2 de marzo siguiente la ornamentación de la sala:

« En el centro del proscenio, entre banderas de diferentes naciones que simbolizaban la uniformidad de las opiniones de los que protestaban contra la entronización de los jesuitas, se hallaba el retrato del ilustre argentino doctor don Bernardino Rivadavia ».²⁸

Pascual Beracochea, presidente del Club Universitario, abrió el acto con la presentación del joven Adolfo Saldías, « designado para ocupar el puesto de presidente del comité central ».²⁹

Leyó después el doctor Antonio Balleto la protesta, que todos aplaudieron y rubricaron con sus firmas.

Por el contenido de dos de los discursos que a continuación se pronunciaron, es dable conocer la tónica impuesta al mitin. Los reprodujo sustancialmente *La Nación*:

« Habló el doctor Saldías, « nombrado presidente de la comisión..., el que abundó en argumentos y lecciones históricas que demostraban hasta la evidencia el pernicioso poder

²⁶ Carta al hermano Juan Capell, Santa Fe, 14-III-1875 (ARSI, *Provincia Aragonensis - Litterae annuae [1863-1882]*, p. 782).

²⁷ *La Nación*, Bs. As., lunes 1-III-1875, a. V, núm. 1.386.

²⁸ El retrato de Rivadavia, llevado también por las calles después, estaba totalmente fuera de lugar, por el motivo expuesto en el mismo periódico *La Prensa* del viernes 26-II-1875 respondiendo a *El Nacional*: « Usted conocerá a los señores don Bernardino y Joaquín Rivadavia... Pregunte, pues, a dichos señores dónde los hizo educar su señor padre don Bernardino Rivadavia, y ellos le contestarán que, no habiendo entonces jesuitas en Buenos Aires, los envió a un colegio de jesuitas en Europa » (*La Prensa*, Bs. As., viernes 26-II-1875, a. VI, núm. 1.449). Si, pues, no había entonces jesuitas en Buenos Aires, como es cierto, tampoco pudo exponer *La Nación*, que el retrato de Rivadavia simbolizaba la « uniformidad de pensamiento humano en la condenación y expulsión de los jesuitas que llevó a cabo aquel gran estadista, gloria imperecedera de la patria argentina » (Lunes 1-III-1875, a. V, núm. 1.386). Los jesuitas sólo entraron en el país bajo el gobierno de Rosas en 1836, pasados casi diez años del retiro de Rivadavia.

²⁹ *La Prensa*, Bs. As., martes 2-III-1875, a. VI, núm. 1.452.

de los discípulos de Loyola, sus torcidas tendencias y su criminal conducta, que en todas partes les ha valido una justa condenación y castigo».³⁰

Emilio Castro Boedo se hizo de rogar antes de dirigir su palabra fácil a aquella junta tumultuosa.

Habló «exhortando al pueblo a mostrarse digno de los grandes hombres que nos legaron, entre otros dones preciosos, la libertad de conciencia, de que eran eternos conculcadores los jesuitas, a la vez que a protestar por todos los medios legales a su alcance contra el establecimiento de nuevas Ordenes religiosas y la audacia del Arzobispo que, olvidando su elevado carácter y sus sagrados deberes, había descendido hasta el apóstrofe torpe y grosero al dirigirse a una sociedad culta y cristiana».³¹

La reacción de aquellas tres mil personas allí congregadas para gritar y aplaudir, fue en aumento hasta desenfrenarse. Afortunadamente tuvo en el secretario del Club organizador un excelente cronista, al que puede prestarse fe:³²

Pero sucedió que «el pueblo se agolpó en espantosa confusión y en masa alarmante en el estrecho recinto del teatro de Variedades. En el transcurso de más de una hora, los gritos y los improperios contra todo lo que investía carácter religioso no dejaron de aumentar el sentimiento o, mejor dicho, la pasión de la enorme masa del populacho, con imprecaciones que pedían a gritos la destrucción, el exterminio, el incendio y hasta la muerte contra los sacerdotes, contra quienes el Club Universitario tenía y tiene alzada la bandera parlamentaria y razonada, pacífica y humanitaria, como lo probó...».

Nada bueno podía barruntarse de tan abigarrada muchedumbre. Lo puntualizó el secretario del Club, empeñado en librar de responsabilidades a su gremio:

«Mas, por desgracia, la enorme y espantosa confusión de ese *maremágnum*, la vorá-gine de sentimientos sedentarios había ya invadido el espíritu de ese pueblo, y no hubo poder humano que [lo] detuviera».³³

Esto fue cuando saliendo todos a la calle para formular la anunciada protesta ante las autoridades, se les agregaron otros grupos fanatizados que las fuentes también registran.

Constituían la fuerza mayor —expresó el jesuita Codorniú— «los italianos del pueblo de la Boca», incorporados a la manifestación «en número que llenaban hasta dos cuadras, o sea, trescientas varas de calle por catorce de ancho, llevando el retrato de Rivadavia y la bandera italiana».³⁴

³⁰ Es lástima que saliesen de labios de Saldías tan descabellados conceptos. Los años y la profundización de la ciencia histórica debieron de llevarlo a una saludable rectificación.

³¹ La Nación, Bs. As., lunes 1-III-1875, a. V, núm. 1.386.

³² Se firma L. M. G., y salió publicada su declaración en La Tribuna, Bs. As., martes 2-III-1875, a. XXII, núm. 7.297.

³³ La Tribuna, Bs. As., martes 2-III-1875, a. XXII, núm. 7.297.

³⁴ Carta al hermano Juan Capell, Santa Fe, 14-III-1875 (ARSI, *Provincia Aragonensis - Litterae annuae [1863-1882]*, p. 782).

Noticias de diverso origen confirman este notable aporte en la fatídica jornada del 28 de febrero. Las trae *El Nacional*.

« Los carbonarios de la Boca, *que son los principales actores de los sucesos del domingo* —así expuso el ulterior 2 de marzo— han procedido con toda premeditación como está perfectamente comprobado...

« Hace como cuatro años, o un poco más tal vez, que se estableció la primera logia en la Boca. Al principio no pasaban de cincuenta afiliados; hoy, según datos positivos, son más de quinientos.

« La mayor parte de los miembros de esta sociedad son toscanos y calabreses.

« En la Boca han tenido lugar muchos crímenes, que se cree hayan sido cometidos por miembros de esas sociedades secretas ».³⁵

El salesiano padre Domingo Milanesio, llegado al lugar en los principios de 1878, matizó años después la participación del grupo boquense en el mitin incendiario, circunscribiendo, eso sí, las responsabilidades.

Entre los años de 1873 y 1875 « se formó en la Boca la sociedad de los francmasones y carbonarios. Los socios serían alrededor de treinta a cuarenta. Sus reuniones las tenían en los departamentos, en el segundo piso de un almacén *del Pobre Diablo*, ubicado al lado de la iglesia, haciendo esquina entre la calle Rodríguez y Olavarría ».³⁶

En el almacén *del Pobre Diablo* se « forjó nada menos que el inicio y sacrilego proyecto de pegar fuego a cuantas iglesias de la ciudad pudieran, comenzando por la catedral y el San Salvador de los reverendos padres jesuitas ».

Los pormenores que recuerda el padre Milanesio coinciden con la narración del padre Codorníu:

« Era domingo por la mañana cuando salieron en tropel del almacén *del Pobre Diablo* ese grupo, no se decir si de hombres o de demonios en carne. Serían de *treinta a treinta y cinco*, animados del perverso fin de consumir su infernal propósito ». Recorrieron « las calles general Brown y Defensa, *conquistando gente*, hasta llegar a la catedral ».³⁷

³⁵ El Nacional, Bs. As., martes 2-III-1875, a. XXIII, núm. 8.600.

³⁶ Formaban el reducido grupo de treinta o cuarenta personas a los principios solamente. En 1875 se habían ya notablemente multiplicado, con arreglo al anterior dato de El Nacional. Entre bromas y veras el salesiano P. Evasio Rabagliati, escribía por aquellos mismos años como para mejor explicar la magnitud del contagio: « La Boca es una parroquia de 20.000 almas, sobre poco más o menos 19.999 de las cuales pueden decirse oficializadas en la masonería. No tienen tiempo de nacer que ya se inscriben en el famoso catálogo y se proclaman masones » (Archivo General Salesiano [AGS], Roma, caja 31/32, *Argentina - Buenos Aires*, p. 60). El P. Milanesio le daba a la Boca para aquella fecha no más de diez a doce mil habitantes.

³⁷ Domingo Milanesio, *Relaciones*, t. III, págs. 2-3 (Archivo Histórico Salesiano [AHS], Bahía Blanca, R1 [3] M). Tampoco D. Juan Cagliero, escribiéndole a San Juan Bosco desde Buenos Aires el 1-IX-1876, escatimó donaires a los habitantes del hoy popular barrio de la Boca: « Espinosa fece a Monsignore Arcivescovo la proposta di dare ai Salesiani la Parrocchia della Boca, dove sono tutti Italiani, e dagl'Italiani chiamata *la boca del diavolo, e pare con ragione* » (AGS, Roma, caja 31/32, *Argentina - Buenos Aires*, p. 12). Aun el 7-X-1876 hacía a Don Bosco esta referencia muy ilustrativa: « Si no hubiéramos atendido primero a los italianos, habría sido *sumere panem filiorum et mittere canibus*. Hasta ahora me han conmovido más los *indianizados* que los indios » (AGS, Ib.).

5) *El incendio del Salvador*

Los organizadores de la manifestación, previendo sus resultas, trataron de huir el bulto escurriéndose.

« Llegados a la plaza [de la Victoria] —adujo el padre Jorge Révellièrre en su informe de 7 de marzo de aquel año—, los jóvenes que formaban la comitiva central de la manifestación, para declinar la responsabilidad de los hechos subsiguientes, declararon la reunion disuelta ».³⁸

Pero hubo quienes dieron cauce a la marejada. El padre Codorniú acusó principalmente a Emilio Castro Boedo, » cura apostata de Buenos Aires » y después « obispo de la iglesia universal argentina », y a Enrique Romero Jiménez, « canónigo apóstata español », con otros sujetos del mismo jaez, que « dirigieron la palabra a la muchedumbre, encendiéndola hasta tal punto, que empezaron a gritar: *Al palacio del Arzobispo* ».

Y hacia allá tomaron « en número incalculable, con las banderas argentina, española, italiana y otras, con diversas inscripciones y lemas ».

Providencialmente el señor Aneiros paraba de visita pastoral en San José de Flores. La pedrea fue, de todos modos, intensa, como también en San Francisco y Santo Domingo. La iglesia de San Ignacio sufrió particular destrozo, que concluyó con los « gritos de: *Al colegio del Salvador* », ³⁹ hacia donde enfiló la columna incendiaria.

Eran ya pasadas las tres de la tarde cuando la turbamulta daba el asalto al edificio, después de una feroz lluvia de piedras y de abrir un boquete en la puerta principal. Hubo desbarate, saqueo, profanaciones y golpes.

Los jesuitas, acosados por el incontenible turbión, tomaron algunos por la huerta, para buscar, saltando las tapias, asilo fuera; otros, seguidos por grupos idiotizados, lograron evadirse merced a la generosidad heroica de algún vecino.

Tras el destrozo y saqueo llegó el incendio, que fue general.

« Al caer de la tarde, a eso de las dieciocho horas, el fuego había ya realizado su tarea, y comenzaron a derrumbarse los techos, convirtiéndose en pavesas las tres cuartas partes del edificio del colegio ».⁴⁰

Venía a dar los últimos toques a esta escena macabra un suelto con el título: *La comuna en Buenos Aires*, publicado al siguiente día por el diario anticlerical *La Tribuna*:

« Jamás ha presenciado Buenos Aires un hecho más bárbaro que el cometido ayer

³⁸ Archivo General de la Congregación de la Misión, Roma, leg. *Buenos Aires (1874-1875)*.

³⁹ Santa Fe, 14-III-1875 (ARSI, *Provincia Aragonensis - Litterae annuae [1863-1882]*).

⁴⁰ G. FURLONG, *Historia del colegio del Salvador*, t. II, 1ª parte, p. 106. Descríbese en esta obra, entre las páginas 81 y 107, con todos los pormenores, el criminal atropello.

bajo el pretexto de una manifestación contra los jesuitas. La comuna de París se ha venido a esta ciudad... ».

Claro que los redactores del citado periódico existimaban tener en paz sus conciencias con una frescura que pasma:

« Hemos sido los primeros en atacar el entronizamiento de los jesuitas entre nosotros; hemos sido los primeros en aplaudir las protestas populares; somos también los primeros en condenar con todas nuestras fuerzas los hechos atroces acaecidos ayer, dignos sólo de compararlos con los de la comuna de París ».⁴¹

Y refirmaban al otro día:

Este crimen « dejará una mancha indeleble, de esas que agranda el tiempo, sobre la frente del pueblo de Buenos Aires ».⁴²

También *El Católico Argentino*, con el título de *El escándalo de los escándalos*, clamó por « el asqueroso motín que el domingo último ha presenciado Buenos Aires con escándalo y vergüenza de todos los pueblos honrados ».

« La mancha que ha caído sobre la capital de la República Argentina es indeleble: todas las aguas del Plata no la podrán borrar ».⁴³

II. Con los salesianos en el país

Estos desembarcaron en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1875, casi diez meses después de los sucesos referidos.

¿Habíase ya ajustado la situación y contraído el furor sectario por la acción del tiempo y la reacción consiguiente a los hechos de violencia?

Un párrafo de la carta de don Cagliero al beato Miguel Rúa, fechada en Buenos Aires el 1° de enero de 1876, parecería insinuar que ya para entonces las furias anticlericales se hubiesen retraído, como abochornadas por los desmanes pasados. Representó, en efecto, el padre Cagliero al amigo de Turín:

« Buenos Aires es una ciudad tranquila. En cada esquina hay un vigilante. El *padre* es bien visto. Los soldados casi todos saludan. También los oficiales ».⁴⁴

La verdad es que los enemigos del orden seguían sin enmienda, y que los recién llegados hijos de don Bosco debieron vivir también ellos recelosos de algún desplante y extremando cautelas, al menos por algunos años.

⁴¹ La Tribuna, Bs. As., lunes 1-III-1875, a. XXII, núm. 7.296.

⁴² La Tribuna, Bs. As., martes 2-III-1875, a. XXII, núm. 7.297.

⁴³ El Católico Argentino, Bs. As., sábado 6-III-1875, a. II, núm. 32, p. 501.

⁴⁴ Trae el texto de esta misiva RAÚL A. ENTRAIGAS, *El apóstol de la Patagonia*. Rosario, 1955, p. 103.

1) *Anticlericalismo militante*

Un artículo de *El Católico Argentino* de Buenos Aires lleva fecha de 18 de diciembre de 1875, cuatro días después del desembarco de los primeros salesianos, que debieron de leerlo con alguna ansiedad.

Ostentaba el título de *Masonería*, tomado dicho artículo de *El Pueblo Católico de Córdoba*, pero referido a Buenos Aires. La pintura es de todo punto creíble. No hay porqué suponer pesimismo o exceso en su redactor.

Estos eran los datos:

« Buenos Aires... se encuentra enteramente dominada y despotizada por la masonería. Sus logias o clubes se reúnen continuamente, y sin cesar se ocupan de promover por todos medios sus intereses antirreligiosos y antisociales...

« La prensa de la capital toda ella, con muy raras excepciones, responde manifiestamente a los propósitos subversivos, impíos y desmoralizadores de aquella tenebrosa y temible asociación ».

Al hacerse cargo de la presidencia el doctor Nicolás Avellaneda en 12 de octubre de 1874 había adjudicado el ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, sin duda por presiones políticas, al doctor Onésimo Leguizamón.⁴⁵ Dicho Ministro obtuvo en la citada redacción su ajustado parrafillo:

« Entre nosotros el nombramiento del doctor Leguizamón para desempeñar el ministerio del Culto, estando afiliado notoriamente a la masonería, en la cual ha alcanzado los más altos grados y obtenido grandes distinciones, y esto desairándose a un hombre tan ilustrado, religioso y meritorio en todo sentido como el señor [Félix] Frías, ha sido a la verdad un reto al buen sentido, un insulto a los católicos y una burla a la Iglesia y al sacerdocio ».

Y como para que nadie se llevase a engaño ni juzgara excesiva la acusación, ahí echaba a andar el articulista una prueba de público dominio:

« En documento de la mayor importancia, cual es la memoria última presentada al Congreso, Su Excelencia [el señor Ministro] expone sus ideas sobre religión, manifestando que el progreso traerá más tarde la separación de la Iglesia y del Estado (el ateísmo oficial); y en ese mismo documento clasifica a la Biblia de leyenda desmentida por los adelantos de las ciencias, insinuando en fin la educación laica (irreligiosa) ».⁴⁶

Pertenece al año de 1877 —cuando ya los salesianos ocupaban en Buenos Aires las casas de *Mater Misericordiae*, calle Tacuarí y la Boca—, otra relación, esta vez de origen jesuita.

Habíase recibido una circular del prepósito general de la Orden con fecha de 13 de junio de aquel año, sobre la obligación de llevar hábito los coadjutores; y, reunidos con el padre Juan Bautista Pujol los cinco consul-

⁴⁵ Registro Nacional de la República Argentina, t. VII (1874-1877), Bs. As., 1895, págs. 114-115.

⁴⁶ *El Católico Argentino*, Bs. As., sábado 18-XII-1875, a. II, núm. 73, págs. 390-393.

tores del colegio del Salvador, daban razones en contra para Buenos Aires, donde las circunstancias pasadas habían impuesto a los coadjutores el traje seglar:

«Que habiéndose establecido esto en Buenos Aires por justas y apremiantes razones de prudencia y necesidad, con ocasión del incendio y atropellos de 28 de febrero de 1875, parece a todos los consultores que las mismas subsisten todavía y con igual fuerza que entonces ».

Lo cual explicaban los padres reunidos sin escatimar dictérios a la persistente situación:

«Hay los mismos elementos de desorden, el mismo fuego latente más o menos de odio al catolicismo, a toda institución religiosa, y singularmente a la Compañía, y que no han faltado este año alarmas más o menos fundadas, que exigen que los superiores tomen precauciones para tranquilizar el ánimo de los nuestros ».

Sin duda que «este estado de incertidumbre» llevaba «trazas de no cesar tan pronto», según ponía de relieve el citado informe:

«Sirven para mantener viva esta agitación y peligro las luchas políticas avivadas cada día más con las elecciones tan frecuentes de municipalidades, de diputados y senadores provinciales, de diputados y senadores nacionales, de gobernador de provincia y de presidente de la República.

«El mismo gobierno republicano, en que son tan posibles y fáciles los cambios radicales con respecto a la religión, hace imposible que se pueda contar con la seguridad que se requiere para hacer alarde de ir vestidos como religiosos ».

Y venía el elemento de más peso, con el que todos los gobiernos debían echar cuentas:

«Débase añadir a este punto que las sectas secretas todo lo dominan en estos países, y por lo mismo no se pueden esperar gobiernos independientes de dichas sectas ».⁴⁷

Para los jesuitas había algo más grave, que también puntualizaban los informantes del Salvador:

«En esta República todos los gobernantes, incluso los actuales y todos los partidos políticos, han manifestado que no querían reconocer a la Compañía como corporación religiosa, ni permitir que se estableciese como tal ».⁴⁸

Y para que nada faltase a este cuadro de sombras, otra relación de aquellos años venía a ilustrar el ambiente no menos desolador de los pueblos de campaña de la provincia de Buenos Aires.

⁴⁷ Lo corroboraba la carta del salesiano D. Francisco Bodratto a D. Julio Barberis, Bs. As., 2-II-1877: «Hay también escuelas y diarios italianos, pero alimentados, mantenidos y sostenidos por los pérfidos masones para corromper a los obreros, los cuales son italianos casi todos. El obrero italiano tiene la imprenta propia, en la cual no se acepta nada que no sea de ayuda a la propaganda masónica» (AHS, Bahía Blanca, E [4] M).

⁴⁸ ARSI, *Argentino-Chilensis*, 2 (1836-1893).

Se trata de una nota ilustrativa que el padre Anselmo Aguilar, misionero por esos campos, hace al padre José María Rovira desde el colegio del Salvador de Buenos Aires el 28 de julio de 1885.

El padre Aguilar adjudica los tintes oscuros de su relación a la « libertad omnímota que reina en esta República, sobre todo para el mal ». Lo que « es un obstáculo no pequeño —añade— para que las misiones sean fructuosas como en otras partes ».

Y va a continuación exponiendo sus manifestaciones más salientes:

« Apenas encontramos población alguna de mediana importancia, donde no se publiquen uno o dos periodiquillos que son la cizaña de las misiones. Allí se censuran las cualidades o defectos oratorios del cura, del misionero y hasta del señor Arzobispo, a quien acompañamos. Allí salen las invectivas contra la confesión, contra el infierno, contra los que van a escuchar a los frailes, contra los beatos y beatas que se acercan a confesarse. Allí se publican, como pudiera hacerse en cualquier indecente pasquín, los secretos deslices del vecindario, que debieran estar encerrados en el hogar de las familias ».

A los periódicos de ciencia barata se suman las publicaciones de más volumen y de refinada malignidad con propósitos específicamente corruptores:

« Y no es menor el estrago que causan en estas candorosas gentes la propaganda anticatólica de infinitos libros impíos, biblias protestantes y novelas inmorales, que pululan por doquiera; pues además de corromper las sencillas costumbres de estos buenos americanos, siembran la incredulidad en muchos y hacen vacilar en otros los fundamentos ».

Un sector muy caracterizado del país viene a aumentar el desastre moral de las almas, y es el aluvión inmigratorio que llega a la Argentina en confuso tropel.

« Añada Vuestra Reverencia —completa el padre Aguilar— los escándalos que aquí nos traen muchos europeos que vienen a América, o huidos de la justicia o como aventureros a buscar el oro y el moro, como dicen, y hacerse ricos sin trabajar, y verá cuanta infelicidad pesa sobre esta pobre gente digna de mejor suerte ».

La última frase va dirigida a « los gauchos o campesinos de esta provincia, gente en general muy sencilla, tratable y cariñosa y muy amante de la civilización »; los cuales « viven contentos con poco, son muy sufridos en los trabajos y muy obsequiosos y hospitalarios con todos ».

Y así suavizando nuestro jesuita la pintura en vista de estos seres primitivos de vida frugal, dice algún bien de ellos:

« Respecto a religión son muy aficionados sobre todo al culto exterior de la Semana Santa, por el cual hacen muchas leguas de viaje; gustan mucho de las misas cantadas, imágenes, medallas, rosarios, ramos y velas benditas ».

Mas también abundan aquí los toques negativos:

« Por lo demás, viven infelizmente en la más lastimosa ignorancia...

« Como viven solitarios en el campo, tan lejos de los pueblecitos donde hay cura, rarísima vez van a misa; no oyen jamás un sermón; no se han confesado nunca, sino

a lo más cuando se confirmaron o casaron; y aun en la hora de la muerte muchos pobrecitos se van sin recibir ningún sacramento».

Es peor acaso la situación de los que radican en los pueblos de la inmensa pampa bonaerense recién arrebatada a los bárbaros, y donde los inmigrantes empiezan a formar sus colonias.

« Los que viven en los pueblos, aunque bastante cultos en las costumbres, bastante finos en el trato, por lo que mira a religión no son mucho más instruidos, o porque los maestros de escuela, impíos la mayor parte, descuidan este deber, o porque los padres no son diligentes en mandar al templo a sus hijos a escuchar la instrucción de algún celoso sacerdote que por nuestra desgracia tampoco abundan.

« Y así van creciendo en edad sin aprender nada; se casan sin saber nada y sin que nada puedan enseñar a sus hijos... ».⁴⁹

2) *Corrupción moral*

Es la consecuencia natural y lógica, que cuenta asimismo con seguros testimonios de aquellos mismos años.

El guardián del convento de San Lorenzo junto al Paraná fray Luis Rossi Desideri, con fecha de 4 de febrero de 1877, al paso que encarece sus catorce años de sacerdotal ministerio en el país, descubre « la decadencia moral y religiosa que se ha notado, siempre en progreso durante los años transcurridos, y que hoy llega a un extremo tal, que no puede ocultarse a los mismos indiferentes ».

Lo va evidenciando luego con pruebas al canto:

« ¿Es acaso un misterio que el ateísmo e incredulidad han avasallado, obra en parte de una secta impía, y en parte de *una corrupción de costumbres siempre creciente*, a muchas inteligencias, hasta penetrar y ostentarse frecuentemente en nuestras universidades, en nuestras colegios nacionales y en las mismas escuelas primarias?

« ¿Puede ocultarse que el indiferentismo en materia de religión profana desde ya a muchos hogares que fueron cristianos, cuenta a no pocas madres de familia entre sus adeptos, y ha llegado a privar de los únicos consuelos, que aún disfrutaban, a nuestros pobres gauchos, a esas gentes sencillas y naturalmente religiosas que habitan nuestros campos?

« *¿Quién de los católicos no observa con el mayor dolor lo desierto de los templos, el desprecio que en público se hace de las leyes de la Iglesia, la profanación de los días santos, la publicación de las más groseras blasfemias, el abandono de los sacramentos hasta en la hora de la muerte, tantos escándalos débilmente reprobados por algunos, y hasta aplaudidos por los más?* ».⁵⁰

Una relación que el padre José Vespignani hace de los primeros años de su actuación en el país encierra, sin embargo, un fondo de optimismo abierto a la esperanza. Asoma diáfana en ella su alma angelical:⁵¹

⁴⁹ ARSI, *Argentino-Chilensis*, 2 (1836-1893).

⁵⁰ La América del Sur, Bs. As., viernes 16-II-1877, a. II, núm. 293.

⁵¹ Así lo juzgaba el inspector salesiano D. Francisco Bodrato en nota al beato D. Rúa, desde San Carlos el 26-III-1899: « Quien está adquiriendo un ascendiente extraordinariamente loable en esta casa es D. Vespignani... ¡Ah, D. Rúa, si este grupo de salesianos

« Si he de ser sincero, yo no hallo en América nada nuevo, no obstante el esfuerzo realizado para decir, como dicen otros, que la América es un país extraño, sobre todo en cuanto a los jóvenes, de los que afirman algunos, que no tienen corazón; otros, que no tienen cabeza, que están privados de energía, sin educación, sin moralidad, sin religión; (aunque otros digan todo lo contrario, y hasta pienso que frecuentemente se contradicen, porque forman juicio con arreglo a cualquier pequeño incidente) ».

Para él vale el proverbio italiano « *tutto il mondo è paese* », ⁵² tanto en « el nuevo mundo como en el viejo ». Y emite este juicio de noble comprensión de la juventud argentina:

« Los jóvenes [aquí] corresponden; los jóvenes aprenden la religión; son inconstantes como en Italia; sienten la gratitud en ciertos momentos, y en otros la olvidan como lo hacemos nosotros que somos personas ya grandes y viejas. Aman al Señor si se lo hacemos conocer; cultivan la devoción si la ven en nosotros; son soberbios si los tratamos mal; son condescendientes si los tratamos con caridad.

« Lo que sucede es que no hacen milagros, como no los hacen tampoco en otras partes. Nosotros vivimos de esperanza, y de una esperanza fundada en la asistencia del Señor y de María Santísima que no nos defraudará ».

Pasando, empero, los años, y adentrándose siempre más en el corazón de la juventud americana, el padre Vespignani, sin renegar de lo dicho, cambió al menos parcialmente de opinión empeorándola. Es gráfico el juicio que estampó en carta a don Julio Barberis, residente en Turín, el 22 de abril de 1891:

En la América « es raro que un joven de doce o trece años no conozca los lugares más infames, y que a los catorce y quince años no tenga encima todos los vicios. Hay que convencerse que la América es tierra maldita para las vocaciones, porque el pecado ha alcanzado los más graves excesos ». ⁵³

Es indudable que sólo en teoría afirmó el padre Vespignani esta imposibilidad; y que si hubo en él algún convencimiento, trabajó lo mismo y como el que más en el reclutamiento de vocaciones. Y que recabase copioso fruto de sus empeños, son testimonios fehacientes mucha parte de la presente generación salesiana argentina, que convivió con él y conoció y usufructuó sus afanes, lo mismo que el extraordinario empuje que dio a la obra salesiana en el país durante los muchos años de su provincialato.

que me acompañan en San Carlos fuesen todos como D. Vespignani enfermo y todo...! ». Refirmaba en nota a D. Cagliero de 4-IX-1879: « En San Carlos tenemos pobreza y nada más, y si no estuviese entre nosotros el P. Vespignani, que es un santo vivo, ¡quién sabe las desgracias que nos habrían tocado! » (AHS, Bahía Blanca, E [4] M). El P. Vespignani entró en la Congregación Salesiana a fines de 1876, recién ordenado sacerdote. Un año después partía para la Argentina en la tercera expedición misionera. Narró después sus recuerdos del Santo fundador en el opúsculo *Un anno alla scuola del Beato Don Bosco (1876-1877)*. San Benigno Canavese, 1930.

⁵² Equivale al nuestro: *En todas partes se cuecen habas*.

⁵³ Ambas notas, en el AGS, Roma 31/32, *Argentina-Buenos Aires*.

Pero queda en pie la realidad del panorama, pavoroso por muchos conceptos, que los hijos de don Bosco, sumándose a los demás obreros de la mies, seculares y religiosos, debieron desbrozar primero, y cultivar después, en las nuevas fundaciones que fueron establecimiento en el país.

Esto explica también el porqué los salesianos, que venían principalmente para las misiones de la Patagonia por disposición del Santo fundador, aun entregándose empeñosamente a ellas, fundasen también colegios y oratorios en las ciudades del país para la cristianización de la gente civilizada: que tan importante y urgente apostolado era el uno como el otro.

Buenos Aires, 20 de enero de 1976.